# En los primeros tiempos de la Congregación de la Misión

# La contribución de San Francisco de Sales a la formación de la identidad carismática en San Vicente

Para redescubrir el sentido de nuestra vocación vicenciana, es necesario volver a nuestros orígenes. Que están constituidos por un gran número de circunstancias. Todas ellas importantes. Pero de ellas quisiera aislar un fragmento -el encuentro-amistad de San Vicente con Francisco de Sales- y someterlo a análisis para poder extraer de él elementos que nos ayuden en nuestro presente a captar el sentido de nuestra vocación misionero-caritativa.

### 1. La experiencia de los pobres y la conciencia de la propia pobreza: materia magmática para el descubrimiento de la identidad vocacional de San Vicente.

Las experiencias de Gannes, Folleville y Châtillon fueron el acontecimiento que generó la intuición profunda y radical de la vocación de San Vicente. Sin embargo, podría haber sido abortada si no hubiera habido un terreno para que madurara. Es característico de todas las ideas de proyectos humanos: se encienden como un fuego, pero luego la mayoría se apagan. La intuición vocacional de Vicente de ponerse al servicio de los pobres pudo crecer a través de una *larga gestación* desde 1617 hasta 1625. ¿Cuál fue el terreno que nutrió la semilla y hizo fructificar esta intuición original de entregarse a los pobres sirviéndoles "espiritual y corporalmente"?

Mirando hacia atrás, podemos decir que Vicente elaboró la orientación básica de su vocación *penetrando en el espacio humano de la pobreza y la debilidad, la suya propia primero, y luego la de la miseria que le rodeaba*. El encuentro con la condición de fragilidad humana fue una *conmoción* para el alma sensible de Vincenzo. La acusación injusta de un juez amigo a causa de un ladrón de guarnición, la desesperación del médico de la Sorbona que había confiado en él, las vicisitudes de Saint-Léonard de Chaumes, Gannes y Châtillon fueron la puerta de entrada a una comprensión más profunda de sí mismo. Luego, la experiencia de las condiciones infernales de los presidiarios, de los que dijo: "He visto a esa pobre gente tratada como bestias" (*SVit* IX, 613 - Coste X, 125.); sus primeras misiones entre los campesinos de las tierras de los Gondi, que le hicieron exclamar: "Me pareció que, al volver a París, las puertas de la ciudad caerían sobre mí y me aplastarían" (*SVit X*, 445 - Coste XI 445): todas estas y otras experiencias fueron *"material de combustión" que prendió con la chispa de la dolorosa conciencia de su propia pobreza personal*. Esta conciencia le llevaría a decir de los pobres: "Tienen hambre y sed de justicia, y el mundo se ríe de ellos" (*SVit X*, 441 - Coste XII, 120). Aquí, Vicente aprendió a comprender su propia vocación y a ponerse al servicio de los pobres "sufriendo" la herida de su propia *debilidad e impotencia, a través del prisma de la miseria que le rodeaba. Una* herida que creó en él una afinidad con esa miseria. Los pobres, antes de ser su razón de vivir, fueron su *obsesión*, o como él mismo diría 'su carga y su dolor' (Abelly, I, 3, c. 11, p. 120). Penetraban en su alma y la transformaban.

Quizá no se ha explorado suficientemente hasta qué punto, para Vicente, *la maceración del alma con la pobreza, la suya y la de los demás, fue la condición* que le abrió el horizonte de su vocación. *Sufrió la incertidumbre del sentido de la vida* como drama del alma durante mucho tiempo, ciertamente durante unos diez años entre 1610 y 1620, y probablemente incluso después, al menos hasta 1625. Y esta *maceración espiritual fue valiosa para él,* ya que le puso en contacto con sus propios deseos decepcionados e incoherencias, con los impulsos ideales y la incapacidad de realizarlos. Y si todo esto, por una parte, le despojaba de sí mismo, arrastrándole a su propia historia como "una abeja que golpea contra el cristal", según la imagen que utilizaría para Luisa de Marillac; por otra, esta maceración del espíritu era la fuente de un fuerte deseo de redención para sí mismo y para los demás, ya que el deseo es una fuerza trascendente que agita y moviliza la vida.

A través de esta maceración del alma, Vincenzo llegó a percibirse vaciado de toda planificación ideal y de todo orgullo, sintiéndose un "mendigo" de Dios, pobre, tal vez más aún "un don nadie". Así lo dejó escrito sobre el comienzo de la fundación de la Misión:

"Todos nosotros no somos más que miserables jornaleros y pobres ignorantes, y entre nosotros no hay más que pocos o ningún noble, poderoso, docto o capaz de algo. Todo esto, pues, lo ha hecho Dios, y lo ha hecho por medio de personas que le son agradables, para que la gloria sea toda suya."[[1]](#footnote-1)

Descender a los abismos de la humildad iba a ser una actitud constante en su vida. Y tal percepción para San Vicente no se situaba simplemente en el plano del pensamiento, sino que tocaba las fibras de su sensibilidad: era una experiencia que le marcaba en lo más profundo de su conciencia.

Por eso se convirtió en principio de fecundidad, pues su interioridad vaciada de sí misma estaba preparada para acoger la acción de Dios. La humildad que más tarde enseñaría y exigiría a sus misioneros *no sería una fachada*: sería más bien -como él enseña- *el "espacio vacío" que Dios llena* con su gracia:

"Los humildes pueden compararse a valles montañosos que atraen y recogen el agua de las laderas. En cuanto estemos vacíos de nosotros mismos, Dios nos llenará de sí mismo, porque no tolera el vacío". [[2]](#footnote-2)

Fue en este momento germinal, cuando la vocación caritativa y misionera de Vicente estaba en gestación, cuando tuvo lugar su encuentro con Francisco de Sales.

### 2. La gracia del encuentro con un modelo vivo de bondad

El año 1617, con las dos experiencias de Gannes/Folleville y Châtillon, acababa de terminar. En los primeros meses de 1618, Vicente había empezado a frecuentar la *Conciergerie* para encontrarse con los condenados y a recorrer misioneramente los campos de Madame de Gondi. Estos acontecimientos, todavía en estado *magmático*, iban marcando *las dos direcciones de su vocación, a saber, que había que ayudar a los pobres en sus necesidades vitales e iniciarles en la experiencia de la fe*. En estos acontecimientos reconocería más tarde el origen de sus principales obras. Pero en su acontecer inmediato no tuvieron aún una fuerza decisiva en la personalidad del joven Vincenzo, que contaba entonces 37 años.

Algo innovador en su conciencia había surgido ya unos años antes, cuando -según Abelly- en la famosa noche oscura en que había decidido tomar el relevo del teólogo en crisis de fe, se había propuesto consagrar su vida al servicio de los pobres.[[3]](#footnote-3) Pero esto no tenía aún la fuerza de un carisma. Lo que se necesitaba era un punto de inflexión, en el que no sólo hubiera una decisión de su voluntad en favor de los pobres, sino un factor unificador, que diera a su voluntad *un atractivo decisivo y tuviera la energía de un carisma*. Este acontecimiento se produjo con la venida de Francisco de Sales a París en 1618. Y es precisamente de este encuentro de donde nace -en mi opinión- la originalidad del carisma vicenciano, es decir, *esa sensibilidad espiritual con la que San Vicente vivió y entregó a la Iglesia un nuevo estilo de caridad y de evangelización hacia los pobres*.

A principios de diciembre de 1618, Vicente regresaba de la misión de Montmirail. Se enteró de que el obispo de Ginebra estaba en la corte. Todo el mundo hablaba de él. Había pronunciado un discurso en la fiesta de San Martín que había escandalizado a los cortesanos porque esperaban un panegírico ampuloso, mientras que él había optado por hablar de manera sencilla y fácil.[[4]](#footnote-4)

El hecho llamó la atención de Vincenzo porque aquella manera de hablar en el buen sentido encajaba bien con el esfuerzo que estaba haciendo predicando a los campesinos pobres y fue probablemente la chispa que estimuló el deseo de ponerse en contacto con él.

El encuentro tuvo un impacto deslumbrante en Vicente. No sólo descubrió en San Francisco una afinidad de pensamiento. Más profundamente, se le presentó una "forma viva" de fe - para usar el lenguaje de Romano Guardini - que resumió toda su búsqueda en un instante. En la persona de Francisco de Sales había visto *a un misionero del Evangelio que hablaba a los sencillos, con dulzura y con un atractivo cautivador*. Es decir, no se trataba sólo de una coincidencia en la manera de pensar, sino que para la conciencia de Vicente - sensibilizada por un sufrimiento interior aún abierto - Francisco de Sales aparecía como una figura que magnetizaba todos los fragmentos de la búsqueda de sí mismo y de la propia vocación que hasta entonces no habían encontrado su *centro unificador:*

"Habiendo llegado al umbral de los treinta y siete años de su vida", escribió con razón A. Dodin, "Vicente tuvo la gracia de ver, amar y contemplar a un modelo vivo, que representaba para él la figura de Jesús". Dodin - Vincenzo tuvo la gracia de ver, amar y contemplar a un modelo vivo, que representaba para él la figura de Jesús vivo". [[5]](#footnote-5)

El propio Vincenzo era plenamente consciente de ello y así lo atestiguó:

"Era la persona más dulce y benigna que he conocido. La primera vez que lo vi, inmediatamente vislumbré en la serenidad de su semblante, en su manera de hablar y conversar, un reflejo bien marcado de la gentileza de nuestro Señor Jesucristo". [[6]](#footnote-6)

"nació en mí un tierno afecto y una dulce devoción por él [Francisco de Sales], porque me di cuenta de que el siervo de Dios estaba iluminado desde lo alto. ... Añadiré también que, abriéndome su corazón como amigo, me hizo confidencias..." [[7]](#footnote-7)

La presencia de Francisco representaba así un testimonio de lo que Vicente sentía que no era, pero a lo que aspiraba, o al menos, en su familiaridad con él, aparecía a su sensibilidad nativa como un incentivo a la imitación. San Vicente aún dice de él:

"La suavidad de su bondad era tan sobreabundante que el ejemplo de su piedad cundía suavemente con inmensa alegría en quienes gozaban de su familiaridad. Y yo también disfrutaba de estas delicias".[[8]](#footnote-8)

El encuentro de Vicente con Francisco de Sales fue, pues, la llave que abrió su sensibilidad religiosa, todavía atenazada en las mallas de la doctrina, e *hizo que la caridad relampagueara en su alma como una vibración carismática* o moción del Espíritu: no por una vía racional, sino por el contacto con la consonancia afectiva que le daba la presencia de San Francisco. *Es decir, le abrió un mundo: el de la gracia de Dios atravesando las pobres condiciones de la existencia.* Y esto no ocurrió a través de un conocimiento racional nuevo o mejorado, sino *a través del contacto testimonial de un hombre que había hecho del amor de Dios el eje en torno al cual giraba la existencia*. Hay personas que tienen una energía provocadora y cautivadora, observaba H. Bergson:

"¿Por qué los santos tienen espontáneamente imitadores y los grandes hombres atraen multitudes? No piden a sus seguidores que les sigan. No exigen nada y, sin embargo, ¿lo consiguen? No necesitan exhortar. Su mera presencia es suficiente. Su existencia es un llamamiento".[[9]](#footnote-9)

 Hasta entonces, para Vicente, la Iglesia era una institución que enseñaba la caridad hacia el prójimo; y la caridad era una doctrina o, en su traducción práctica, la limosna. O quizás aún más, era un compromiso moral, que todo discípulo del Señor debía obedecer. Pero en este nivel no hay nada originalmente provocador para lo humano. *El camino está indicado, pero no hay atracción para seguirlo.* Fue el encuentro con San Francisco de Sales lo que despertó la atracción. Es cierto que en su epistolario San Vicente remonta el comienzo de sus obras de caridad a los acontecimientos de Gannes y Châtillon, pero estos acontecimientos -cuando hablaba de ellos- ya los había asimilado y transfigurado en su propia historia. Pero, en el momento inicial, *para encender su carisma de "caridad misionera" necesitaba un catalizador humano* que seleccionara las energías del espíritu y, calentándolas con fervor, impregnara su alma. Y esto sucedió gracias a la amabilidad que se respiraba cuando conoció el carisma de la afabilidad, característico de Francisco de Sales, que fue su verdadero maestro y que le robó el corazón y el espíritu. Pues gracias a

"este encuentro tuvo lugar -observa A. Dodin- se produjo una profunda transformación, en lo que se refiere a la doctrina y a la sensibilidad, pero sobre todo se trata de una *renovatio cordis*. Y poco a poco, un nuevo ritmo y una transfiguración inesperada se apoderaron de la experiencia religiosa de San Vicente". [[10]](#footnote-10)

Esta interpretación se adapta bien a la *gracia de un carisma, que nunca se separa de la persona humana, pues el misterio de la Encarnación lo prohíbe.* La gracia pasa a través del ser humano inflamado de amor sobrenatural; y éste es mediado por la sensibilidad de "alguien" que Dios pone a su lado para que esto suceda y luego, lentamente, a lo largo del camino de la vida se desarrolle y florezca. Vincenzo, al encontrarse con San Francisco, fue atravesado *por una forma de magnetismo espiritual que lo subyugó*.

### 3. El Retiro de Soissons (1621) y la amabilidad de la caridad misionera

El encuentro con san Francisco de Sales reverberó -como el propio Vicente atestiguó- poco después en el retiro espiritual que hizo en Soissons en 1621.[[11]](#footnote-11) Pero mucho más, en este retiro, se reflejó en la amabilidad de San Francisco y vio la necesidad de cambiar su propio carácter áspero y hosco[[12]](#footnote-12) . Abelly informa:

"Me dirigí a Nuestro Señor y le pedí que cambiara mi carácter duro y antipático y me concediera un alma mansa y benigna". [[13]](#footnote-13)

Encontramos aquí una virtud que iba a convertirse para Vicente en el pilar espiritual que enseñaría a los que entrarían en su órbita de caridad misionera: después de la sencillez al hablar para anunciar el Reino, y de la humildad como fundamento de la vida del espíritu; ahora también la mansedumbre o amabilidad en las relaciones con los demás y, en *primer lugar,* con los pobres, iba a ser la atmósfera que alimentara la práctica de la caridad.

Es sintomático este camino que San Vicente recomienda a sus misioneros:

"Los misioneros, más que todos los demás sacerdotes, deben estar llenos de espíritu de compasión, estando obligados, por su estado y vocación, a servir a los más desdichados, a los más abandonados y a los más oprimidos por las miserias corporales y espirituales. En primer lugar, *deben sentirse conmovidos hasta la médula y afligidos en su corazón por las miserias del prójimo. En segundo lugar, este dolor y esta compasión deben manifestarse exteriormente en sus rostros, como Nuestro Señor llorando* sobre la ciudad de Jerusalén, amenazada por la calamidad. En tercer lugar, hay que usar palabras compasivas para mostrar al prójimo que sentimos sus alegrías y penas como propias. Por último, hay *que socorrerle y asistirle cuanto se pueda, en sus necesidades y miserias, procurando liberarle en todo o en parte, porque la mano debe, en la medida de lo posible, conformarse al corazón*. [[14]](#footnote-14)

Sin esta particular mirada suave de bondad hacia los pobres, hecha de dulzura, ternura, sencillez y humildad, que constituyen la sensibilidad típica de su carisma, *el compromiso de san Vicente con los pobres no habría alcanzado la forma de caridad cristiana según la luz carismática que le es propia*.

En su amistad con Francisco de Sales, el propio Vicente reconoció una *especie de filiación espiritual.* En sus conferencias a los misioneros y a las Hijas de la Caridad siempre guardaba un agradecido recuerdo de él, llamándolo repetidamente 'nuestro bendito padre', como si quisiera decir que la comunidad tenía un *lazo generacional* con San Francisco. Para que todos los que giraban a su alrededor en el ejercicio de la caridad se regeneraran continuamente en el espíritu de amor sobrenatural que él mismo había respirado en su frecuentación, san Vicente recomendaba asiduamente la lectura de los escritos de san Francisco,[[15]](#footnote-15) comenzando por el primer reglamento de Châtillon.

Es mucho lo que Vincenzo recibió de Francisco. De este mucho, que también se puede documentar a través del paralelismo de muchos temas espirituales que se repiten en los escritos de ambos,[[16]](#footnote-16) (por ejemplo: el espíritu de indiferencia, el amor afectivo y efectivo, el espíritu de condescendencia .....) me gustaría subrayar *el punto crucial que los une. Y* es que -como resumió J. Calvet en Francisco de Sales- "la fe en el Dios de los cristianos no es otra cosa que amor".[[17]](#footnote-17) Y de este amor San Vicente se hizo instrumento para hacerlo llegar a los desheredados y a los pobres. Con J. Calvet de nuevo se puede decir que

"Toda la espiritualidad de Vicente se resume, en efecto, en *la caridad*. ... Pero Vicente no inventó la caridad. No fue privilegio exclusivo suyo. Lo que en cambio le pertenece de manera única es *un cierto acento del espíritu y del corazón en la* caridad". [[18]](#footnote-18)

Aquí está el punto de derivación, y por tanto de filiación, de San Francisco de Sales. En otras palabras, de él aprendió que *"el modo" en que se ejerce la caridad determina su contenido*. En el momento de su encuentro con San Francisco, Vicente, que ya se había dedicado al servicio de los pobres durante algunos años, carecía, o tal vez aún no lo tenía claro, que "el modo amable de *la caridad" es la luz del espíritu que transfigura los gestos concretos de la caridad y sin la cual los actos de caridad no logran expresar plenamente el amor de Dios*.

Por tanto, la mayor aportación de san Francisco fue exportar a san Vicente su perspectiva afable en el mundo de la caridad y de la misión, es decir, que la caridad *y la misión para ser auténticas deben nutrirse de un estilo afable*. Y este elemento podemos definirlo sintéticamente como una "caridad *misionera afable",* que para ser tal debe estar iluminada e inflamada por una conciencia humilde, dócil, misericordiosa y suave, deseosa de comunicar el Evangelio.

Esta forma suave y afable de caridad hacia los pobres, San Vicente la transfundió en los reglamentos de las cofradías de la Caridad. Ya lo escribió emblemáticamente en el primer reglamento de los servidores de los pobres en Montmirail en los años 1618-1620:

"Para ser un buen servidor de los pobres, hay que asistirlos espiritual y corporalmente y *tener una tierna compasión por su miseria*, pues precisamente con este fin tuvo la gracia de ser admitida en la asociación. ... En la mañana del día en que deba servir a los pobres enfermos, rogará a Dios que le conceda la gracia de conducirse en esta acción con dulzura, humildad y verdadera caridad. ... Al entrar en la casa de un enfermo, lo saludará amablemente; luego, acercándose a su lecho con rostro modestamente alegre, lo invitará a comer... diciéndole algunas palabras de santo ánimo y consuelo para animarlo up..... Cuando haya terminado de comer... se despedirá de él para ir a servir a otro". [[19]](#footnote-19)

Formas de actuar semejantes, sugeridas por este reglamento y repetidas en tantos otros, muestran la *compenetración entre gestos de caridad y amabilidad, que marcan propiamente el nacimiento del estilo carismático* de San Vicente. Este será el estribillo que resonará continuamente y de tantas maneras en sus escritos y que podemos traducir así: todos pueden servir a los pobres, pero el modo de servirlos según el carisma agápico que el Espíritu ha suscitado en la Compañía, gracias a la mediación de san Francisco de Sales, tiene un modo de expresión completamente nuevo, el de un servicio a los pobres afable y caritativo.

Y es esta actitud la que aún hoy puede devolver a nuestra vocación la belleza de sus orígenes.

1. Coste XI, 38. [↑](#footnote-ref-1)
2. Coste XI, 2 [↑](#footnote-ref-2)
3. L. Abelly, L. III, cap. XI, sec. I, pp. 115-116. [↑](#footnote-ref-3)
4. Coste V, 472-473. [↑](#footnote-ref-4)
5. A. Dodin, *François de Sales et Vincent de Paul, les deux amis,* O.E.I.L., París 1984, p. 12. [↑](#footnote-ref-5)
6. San Vicente de Paúl, Entretiens spirituels aux missionnaires. Textes réunis et présentés par André Dodin, Du seuil, Paris 1960, p. 935. [↑](#footnote-ref-6)
7. Coste XIII, 68. [↑](#footnote-ref-7)
8. Coste XIII, 78-79. [↑](#footnote-ref-8)
9. H. Bergson, *Les deux sources de la morale et de la religion*, en *Oeuvres*, Edition du centenaire, PUF, París 1970, p. 1003. [↑](#footnote-ref-9)
10. A. Dodin, *François de Sales, Vincent de Paul, les deux amis*, o.c. p. 7. [↑](#footnote-ref-10)
11. Este retiro tiene una relación directa con la fundación de la Misión, ya que san Vicente le cita al padre Bernardo Codoing diciendo que, mientras pensaba en la Congregación, se turbaba y aprendía a desconfiar de ella, preparándose a entrar en una disposición de abandono a los designios de Dios: "Le ruego, en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, que desconfíe del fervor de la naturaleza en lo que se refiere al asunto del que me escribe. El Espíritu de Dios actúa suavemente y siempre con humildad. Recuerda que tú y yo estamos sujetos a mil impulsos de la naturaleza. Ya te he dicho que, al principio de la fundación de la Misión, *sentía una continua tensión del espíritu, que me hacía dudar si el proyecto procedía de la naturaleza o del espíritu maligno. Por esta razón hice un retiro en Soissons, para que placiera a Dios liberar mi espíritu de la complacencia y solicitud que sentía por aquella iniciativa*. Dios se complació en escucharme, de modo que, por su misericordia, me liberó tanto de lo uno como de lo otro, y me llevó a la disposición contraria. Creo que si el Señor da alguna bendición a la Misión y concede que yo no sea un escándalo, la razón está, después de Dios, en esta experiencia. Sigo, pues, fiel a la práctica de no concluir ni emprender nada, mientras esté preso del ardor del entusiasmo que dilata la espera de un gran bien": Coste II, 246-247. [↑](#footnote-ref-11)
12. *Cf.* Coste XI, 64. [↑](#footnote-ref-12)
13. L. ABELLY, o.c., I, parte 1, cap. 12, p. 179. [↑](#footnote-ref-13)
14. Coste XI, 77. [↑](#footnote-ref-14)
15. "Después del Evangelio y las Epístolas de san Pablo, la *Introducción a la vida devota fue* el manual más hojeado y utilizado por san Vicente y los primeros misioneros": A. Dodin, *François de Sales , Vincent de Paul, les deux amis*, o.c. p. 17. Y en la deposición para la causa de beatificación, atestiguó que el tratado de San Francisco *Sobre el amor de Dios* es "una obra inmortal... y que hizo todo lo posible para que fuera leído en la Comunidad como un remedio universal para los tibios, un espejo para los negligentes, un incentivo para el amor y un ímpetu ascético para los que tienden a la perfección": Coste XIII, 71. [↑](#footnote-ref-15)
16. *cf.* E. Antonello, *Caridad y misión*, 1 (2020) 7-34. [↑](#footnote-ref-16)
17. J. Calvet, *La littérature religeuse de François de Sales a Fénélon, o.c.* 114. [↑](#footnote-ref-17)
18. J. Calvet, *La littérature religeuse de François de Sales a Fénélon, o.c*. 122. [↑](#footnote-ref-18)
19. Doc. 130 - Coste XIII, 473-475. [↑](#footnote-ref-19)